

"Asilo por compasión"

Comedia de intriga en 1 acto y 1 prólogo

PERSONAJES

Los ancianos del asilo

EVARISTO

DOROTEA

SEBASTIAN

REMIGIO

CRISTINA

PILAR

Y los demás personajes

SARA... Una trabajadora del asilo, joven

LUZ... Dueña del asilo, mediana edad

ERNESTO... Cabo de la guardia civil

CHEMA... Compañero del anterior, novato recomendado

La obra se ambienta en Asturias, en una época no muy actual, pero es extrapolable a cualquier otro lugar, cambiando el nombre de algunos lugares.

PRÓLOGO

Una sala de un asilo, donde se juntan los viejos para jugar, hablar o lo que sea. Hay en el fondo un mueble, una mesa en el medio, y algunas sillas por los lados. Todo muy pobre y mal cuidado. Están todos los viejos que hay en este momento en el asilo, EVARISTO, DOROTEA, CRISTINA, REMIGIO, SEBASTIÁN y PILAR, ellos en una mesa echando una brisca, DOROTEA y CRISTINA haciendo punto y PILAR haciéndose la manicura.

EVARISTO.- *(Viejo de genio, lleva la voz cantante ente los demás)* ¡Arrastro!

DOROTEA.- *(El contrapunto de EVARISTO, con más genio aún)* A ver si damos menos voces, que para jugar a la brisca tampoco hace falta gritar.

SEBASTIÁN.- *(Más tranquilo que los otros. Aún piensa que es un Don Juan)* Vas cargado, ¿verdad? Toma, el dos de copas, y vas que chutas. Juega, Remigio.

REMIGIO.- *(El pobre viejo tiene alzheimer, está más para allá que para acá)* Una sota y un dos, que hacen diez... ¡El cinco de oros! ¡Escoba!

EVARISTO.- Haz el favor, ¿eh? Estamos jugando a la brisca. Es mía. *(Recoge la baza y roban)* El rey de oros, a ver si es verdad que no hay triunfos.

SEBASTIÁN.- Tengo aquí el cuatro, así que voy poner un puntalillo.

REMIGIO.- *(Coge el cuatro y posa otra carta)* Esta me viene de perlas. ¡Chinchón!

EVARISTO.- Ay, Dios, si la culpa es nuestra, por jugar con él. ¡A la brisca, Remigio!
¡Estamos jugando a la brisca!

DOROTEA.- Oye, que el pobre lo que tiene es alzhéimer, no sordera.

EVARISTO.- No juego más. Así no hay manera. *(Tira todas las cartas)*

REMIGIO.- *(Pone inmediatamente la mano encima de ellas)* ¡Burro! Hala, habéis perdido.

EVARISTO.- *(Se levanta y se aparta)* Y tan burro. *(Lía un cigarrillo)*

DOROTEA.- Mucha falta no te hace a ti eso.

EVARISTO.- Que me lo hubiese quitado mi difunta, pase, pero tu no eres nadie para quitarme a mi de fumar.

DOROTEA.- Por que nos molesta el humo. ¿A que nos molesta el humo?

CRISTINA.- *(Otra de las viejas)* Vaya... ¡Una barbaridad!

PILAR.- *(Vieja muy coqueta, no acaba de darse cuenta que ya se le ha pasado el arroz)* Y además es muy malo para el cutis.

- EVARISTO.**- Pues lo voy a fumar porque me da la gana, ¿tiene alguien algo que decir?
- LUZ.**- *(Entra en ese momento, hosca. Es la dueña del asilo. Seria y enfadada todo el tiempo)* Sí, yo.
- EVARISTO.**- *(Acobardado)* No, si no lo iba a fumar, estaba tomándoles el pelo. *(Lo guarda)*
- LUZ.**- A ver, que no tengo todo el día. Sentaos, que tengo algunas cosas que deciros. *(Se sientan, un poco acongojados)* Lo primero, Evaristo, la próxima vez que te vea con un cigarrillo en la mano, corto por lo sano, y lo digo literalmente.
- EVARISTO.**- Que me dará más a mí que me corte el cigarrillo. Lío otro y san se acabó.
- LUZ.**- ¡Lo que corto es la mano! ¿Está claro?
- EVARISTO.**- Está, está.
- LUZ.**- Hoy han vuelto a ir platos para la cocina con comida. ¿Qué pensáis, que lo regalan? Hoy por la noche vais a cenar lo que ha sobrado.
- DOROTEA.**- Es que no estaba muy bueno...
- LUZ.**- ¡Alto! Dejad a la marquesa de Villaverde. ¿Piensa que con los cuatro duros que nos da el estado podemos dar marisco todos los días?
- REMIGIO.**- ¿Hoy tenemos marisco para cenar?
- LUZ.**- ¡Tenemos cuernos!
- REMIGIO.**- Pues que los guisen bien, ¿eh? Que yo ya no tengo dientes para roer.
- LUZ.**- EL asilo está muy mal. Hay que apretar el cinturón, porque si no, vamos a tener que cerrar.
- SEBASTIÁN.**- Si apretamos más el cinturón nos va a dar dos vueltas.
- LUZ.**- Como si tiene que dar tres. Tengo pensado sacar este sitio adelante, a costa de lo que sea. Si os parecía que estabais mal hasta ahora, veréis lo que os viene encima. *(A gritos)* ¡Sara! ¿Viene el dichoso café?
- EVARISTO.**- Demonios, ¿nos van a dar hoy café? No empieza tan mal la cosa.
- DOROTEA.**- No sueñes, que será achicoria.
- EVARISTO.**- También vale. La última vez que nos dieron café para merendar a mí no me había salido aún ninguna cana... A lo mejor me han salido por eso, y se me vuelve a poner el pelo negro.
- LUZ.**- No te apures, que vas a seguir con las canas, que el café es para mí. ¡Sara! *(Es muy importante que toda la acción que viene a continuación suceda tal y como se explica, en ese orden, y sin que falte ningún paso, pues alteraría el resto la obra. Es también importante que toda la gente que coge o hace*

algo con la taza, lo haga en parte de espaldas al público. También es muy importante que todos recuerden bien donde empezó la escena, pues más tarde deberán de colocarse en la misma situación)

SARA.- *(La criada del asilo, una chica joven y apocada. Entra con una bandeja, con una taza, una jarra de leche y otra de café, y un cuenco con el azúcar.)*
Señora.

SEBASTIÁN.- *(Se acerca a ella)* Mira dónde está lo más lindo de esta casa. Menos mal que nos alegras la vista de vez en cuando.

LUZ.- ¿Qué, Don Juan? ¿No te parece que te queda un poco joven? Y tu, acaba y arrea para la cocina.

SEBASTIÁN.- Dame, anda, que yo lo deajo aquí. *(Coge la bandeja y la pone encima del mueble)* ¿La sirvo?

LUZ.- Tu ya no sirves para nada, panoli. A ver, Pilar, haz algo en vez de arreglar esas pezuñas, y sírveme el café. *(Mientras Pilar va y echa café en la taza, y se la pone encima la mesa, delante de ella)* Van a cambiar muchas cosas. Voy a hacerlas cambiar yo. *(Mira la taza)* ¡Pilar! ¡Con leche, coño!

PILAR.- ¿Yo qué sé cómo toma el café, si es la primera vez que lo toma aquí con nosotros?

DOROTEA.- Anda, Remigio, trae la taza, que le echo yo la leche. *(REMIGIO coge la taza y va despacio para el mueble, donde ya está DOROTEA).* Apura, Remigio. Gracias, hijo. *(DOROTEA sirve la leche)* Toma, dásela, a ver si revienta. *(REMIGIO lleva la taza, y luego se sienta. DOROTEA vuelve a su sitio)*

LUZ.- Sois un montón de inútiles. Ay, Dios, a lo que llega uno... *(Bebe y escupe)*
¡Puaj! ¿No había azúcar?

DOROTEA.- ¡Ya voy, ya voy!

LUZ.- No, deja, que lo haga Cristina, que ya veo que ni un café sabes servir.

CRISTINA.- *(Coge la taza y va para el mueble)* ¿Cuánto le pongo?

LUZ.- *(Casi a voces)* ¡Dos cucharadas!

CRISTINA.- *(Las echa)* Evaristo, toma, llévaselo tu, que yo no me atrevo. *(EVARISTO coge la taza y la lleva a la mesa)*

LUZ.- *(Bebe)* Menos mal. Seis para preparar una taza de café como Dios manda.
¡Inútiles!

EVARISTO.- *(A la que va para su sitio)* Así se te atragante...

LUZ.- *(Tose)* Vaya... *(Tose más, y le falta el aliento).*

EVARISTO.- ¡Tengo poderes! ¡Que me vuelva millonario!

LUZ.- Ah... Ah... (*Cae encima la mesa. Quedan todos un momento parados*)

EVARISTO.- Oiga... (*La empuja*) Oiga...

SEBASTIÁN.- ¿Qué pasa?

EVARISTO.- Ay, Dios, que me parece que ha muerto... (*Todos un poco parados mientras cae el*

TELÓN

ACTO ÚNICO

La misma sala de antes, con la muerta en la mesa, tal y como ha caído, y los viejos en uno y otro lado sentados o de pie, con caras largas. En escena, CHEMA y ERNESTO, dos guardias civiles. SARA, de lado de la puerta.

ERNESTO.- *(El más antiguo de los dos, pero aún joven. De buen porte, y muy profesional)* Bueno, bueno, así que, ¿qué tenemos aquí?

CHEMA.- *(Recién salido de la academia. No se entera de nada.)* Mi cabo, a mi me parece que tenemos un cadáver.

ERNESTO.- Era una manera de hablar, Chema, ya veo que tenemos un cadáver. Venga, ponte a analizar la escena del crimen, mientras yo hablo con los sospechosos.

CHEMA.- ¿Que haga qué?

ERNESTO.- Busca pistas, Chema. Algo que nos pueda decir cómo ha muerto. Cualquier detalle puede ser muy importante. Míralo todo concienzudamente. *(CHEMA ni se mueve)* Pero, ¿te pones o no?

CHEMA.- ¿No dice que busque con el “cienzúdamente” ese? Estoy esperando que llegue.

ERNESTO.- Ay, Dios, ¿por qué me tocarán a mi todos los inútiles del cuerpo? Anda, Chema, busca por ahí a ver lo que encuentras. *(CHEMA saca una lupa y va buscando por donde el cadáver, mientras ERNESTO habla con los viejos)* ¿Alguien me puede decir qué ha pasado aquí? *(Miran unos para otros)*

DOROTEA.- ¿No lo ve, agente? Que Doña Luz ha estirado la pata.

ERNESTO.- No, señora, no la ha estirado.

CHEMA.- No quisiera contradecirlo, cabo, pero sí que la ha estirado.

ERNESTO.- No la ha estirado ella. ¡La han matado!

EVARISTO.- Oiga, ¿y cómo puede decir usted eso? ¿Tiene pruebas?

ERNESTO.- Muchas. Mi compañero ahora mismo se las va a decir, porque están bien a la vista. ¿Chema?

CHEMA.- *(Sube con la lupa en el ojo a mirar a Ernesto)* ¡Repámpanos! ¡Vaya pedazo de narices que tiene, cabo!

ERNESTO.- La lupa, Chema. *(CHEMA la baja)* Diles a estas personas los indicios que nos muestran que esto es un asesinato.

CHEMA.- ¿Quién, yo?

ERNESTO.- ¿Los habrás encontrado, no? Venga, danos todos los datos que has visto.

CHEMA.- Pues así a bote pronto... (*Revisa de nuevo el cadáver*) Yo diría que ha muerto a eso de la hora del café.

ERNESTO.- Hay que ser más conciso, Chema.

CHEMA.- Disculpe, pero usa unas palabras...

ERNESTO.- Más específico. No puedes decir sólo a la hora el café, hay que ir más allá.

CHEMA.- Ah, claro. El café era con leche. (*ERNESTO se desespera*)

ERNESTO.- Déjame a mi y aprende. (*Toca el cadáver*) El cuerpo aún está caliente, así que no hará más de una hora o una hora y media que ha muerto.

CHEMA.- Lo que yo había dicho, a la hora el café.

EVARISTO.- Pero eso no quiere decir que nadie la haya matado. Pudo ser... muerte natural.

ERNESTO.- Natural ha sido, sí.

EVARISTO.- ¿Entonces? ¿De dónde saca que esto es un asesinato?

ERNESTO.- Porque lo natural es que alguien se muera cuando toma... ¡Arsénico!

CHEMA.- ¡Arrea! ¿Y como sabe eso, cabo?

ERNESTO.- Sencillo, Chema. Mírale los labios.

CHEMA.- Demonios, ¿se lo está diciendo la muerta? (*CHEMA pone la oreja a la boca del cadáver*)

ERNESTO.- Están morados, idiota, como los dedos de las manos, lo que indica envenenamiento por arsénico. Pero, por si eso no hubiera sido suficiente, el análisis de un pelo nos dará la confirmación.

CHEMA.- (*Arranca un pelo del cadáver y lo mira con la lupa*) Mi cabo, yo aquí lo único que veo es que esta mujer se había teñido. De rubio, más específicamente.

ERNESTO.- En el laboratorio, Chema. Anda, coge unos pelos, y guárdalos para llevarlos a la unidad. (*CHEMA lo va haciendo*) No hay duda ninguna. Alguien ha envenenado a esta mujer, y no vamos a salir de aquí hasta que aparezca el culpable. Ahora, quiero que salgan todos al cuarto de al lado y vayan entrando de uno en uno cuando los vayamos llamando. (*Salen todos los viejos y SARA, y CHEMA marcha tras ellos*) ¿A dónde vas, Chema?

CHEMA.- ¿No ha ordenado que saliéramos todos?

ERNESTO.- Tu no, berzotas. (*Cuando ya se hayan ido todos*) Escucha, para interrogar a los sospechosos vamos a usar la técnica del poli bueno y el poli malo, que es infalible para estos casos.

CHEMA.- ¿Y eso como es?

ERNESTO.- Pero, ¿tu en qué academia has estudiado? A ver, uno de nosotros tiene que ser muy duro con el testigo, y luego el otro tiene que consolarlo, porque así seguro que le cuenta las cosas. ¿Estamos? Yo voy a ser el malo, y tu el bueno. ¿Tienes claro lo que debes hacer?

CHEMA.- Como el agua.

ERNESTO.- Trae al primero. Empieza por el que se quejaba, que enseguida ha abierto la boca. Seguro tiene mucho que contarnos. (*CHEMA sale y entra con EVARISTO. ERNESTO a partir de ahora, muy duro y casi gritando*) ¡A ver, siéntese! (*CHEMA se sienta inmediatamente, un poco acobardado*) tu no, imbécil. ¡Él!

CHEMA.- Es que lo ha dicho tan fuerte... (*EVARISTO se sienta*)

ERNESTO.- Usted a mi no me engaña. ¡Usted ha matado a doña Luz!

EVARISTO.- Eso no es así.

ERNESTO.- Conozco a los de la su calaña. ¿Cómo lo ha hecho?

EVARISTO.- Pero, ¿a usted le parece que yo tengo cara de matar una mosca?

ERNESTO.- ¿Dónde ha conseguido el arsénico? ¡Venga, viejo, que no tengo todo el día! ¡Confiese!

CHEMA.- ¿Voy a llamar a un cura?

ERNESTO.- (*Aparte a CHEMA*) Haz de poli bueno. Defiende al testigo, que si no esto no vale para nada. (*A EVARISTO*) A ver, ¿qué estaba haciendo cuando ha muerto doña Luz?

EVARISTO.- Nada, estábamos todos aquí hablando con ella.

CHEMA.- ¿Y tiene testigos?

ERNESTO.- ¿No te está diciendo que estaban todos juntos? (*A EVARISTO*) ¿En qué momento echó el veneno al café?

EVARISTO.- Mira, chaval, en más de cinco años que llevo aquí en este asilo, no he tenido una taza de café en las manos, así que mal habría podido echar allá ningún veneno.

ERNESTO.- Me estoy hartando, viejo. Si no confiesa por las buenas, va a confesar por las malas. (*Se arremanga*)

EVARISTO.- Oiga, no irá a sacudirme, ¿eh?

ERNESTO.- De usted depende. O dice la verdad o empiezo a repartir estopa.

EVARISTO.- Les estoy diciendo la verdad. Yo esa taza de café no la he tocado para nada. No sé nada de ningún veneno.

ERNESTO.- (*Mira para CHEMA, que sigue un poco acobardado*) ¿Qué?

CHEMA.- Oiga, que yo tampoco he sido, ¿eh? No hace falta que me pegue.

ERNESTO.- (*A EVARISTO*) Vaya con los demás, y esperen a que los vayamos llamando, venga. (*EVARISTO se va. A CHEMA*) ¿Qué esperabas para hacer de poli bueno?

CHEMA.- ¿Para qué? ¿No dice que ha sido él? Si lo tiene usted clarísimo.

ERNESTO.- ¡Ay, Dios! Así no vamos a ningún lado, Chema. Vamos a hacer pasar al siguiente, y vamos a hacerlo al revés. Tu vas a ser el poli malo, y yo el bueno.

CHEMA.- ¿Y cómo lo hago?

ERNESTO.- Haz lo mismo que me has visto hacer a min. Asusta al testigo, y luego ya lo calmo yo para que hable. ¿Estamos?

CHEMA.- (*Envalentonado*) Venga, que pase. Ya verá que a duro a mi no hay quién me gane. Voy ser un duro, pero de seis pesetas.

ERNESTO.- (*Sale y entra con DOROTEA*) Siéntese.

CHEMA.- (*A voces*) ¡Venga, confiese! ¿Cuándo la mató?

DOROTEA.- ¿A quién, mozalbate?

CHEMA.- (*Se arremanga*) Ahora mismo voy a empezar a repartir estopa. ¿Cuándo ha echado el veneno en el café?

ERNESTO.- Calma, Chema, sin pasarse.

CHEMA.- ¿A que te caliento a ti también? Di, ¿cuándo la envenenaste?

ERNESTO.- ¿Yo?

CHEMA.- Ah, que me estoy liando. (*A DOROTEA*) ¿De dónde ha sacado el veneno?

DOROTEA.- Oiga, señor, yo no he envenenado a nadie.

ERNESTO.- Déjame a mi, Chema.

CHEMA.- ¡Apártate! ¿Habrá que empezar a dar guantazos?

DOROTEA.- No se atreverá.

CHEMA.- ¿Qué no? (*Intenta pegarle a DOROTEA y ERNESTO lo sujeta*)

ERNESTO.- ¿Qué haces, idiota? Señora, salga para fuera, que enseguida la llamamos. (*DOROTEA se va*) ¿Qué diablos estás haciendo?

CHEMA.- Lo siento, cabo, es que me he calentado. ¿No decía que tenía que ser malo?

ERNESTO.- Pero, ¿cómo se te ocurre pegarle a una mujer?

- CHEMA.-** Hago lo mismo que hacía usted antes. ¿No fue eso lo que me dijo?
- ERNESTO.-** Mira, voy a explicarte con calma cómo vamos a hacer el interrogatorio, y luego nos ponemos a ello, ¿vale?
- SARA.-** (*Pica y entra*) Disculpen, ¿van a tener a la gente de pie en el pasillo mucho rato? Ya no están en edad de estar así.
- ERNESTO.-** No, que entren todos a esta sala, y que nos esperen, que mi compañero y yo tenemos que tratar algunos asuntos.
- CHEMA.-** Si, me va a aprender a...
- ERNESTO.-** ¡Calla, so jumento! Hágalos pasar. (*Salen todos y entran de nuevo todos los viejos y SARA. Van sentándose cada uno donde puede, todos bien lejos de la muerta. Hay una pequeña pausa donde nadie parece querer hablar*)
- EVARISTO.-** (*Se levanta y espía por la puerta*) Dios, que bronca le está cayendo al chico. Oíd, a mi me parece que es el momento de hablar de esto, ¿no creéis?
- DOROTEA.-** ¿Hablar de qué, Evaristo?
- EVARISTO.-** Vamos a ver. A doña Luz la han asesinado, y al parecer ha sido uno de nosotros el que lo ha hecho. De eso hay que hablar.
- DOROTEA.-** A mi me da igual quien haya sido. El caso es que ya no tenemos que aguantar más a esa arpía.
- PILAR.-** ¡Ay! ¿Vosotros habéis visto lo guapo que es el cabo? Y a mi me parece que antes me miraba con unos ojos...
- SEBASTIÁN.-** ¿Qué te iba a mirar, mujer? Son imaginaciones tuyas.
- DOROTEA.-** Sebastián, parece que te ha salido competencia.
- PILAR.-** (*Se acicala*) Vaya por Dios, tengo la sombra de ojos en la habitación. ¿No me irías a por ella, Sebastián?
- SEBASTIÁN.-** Eso, Pilar, encima te voy a echar una mano.
- PILAR.-** ¿Me vas tu, Remigio?
- REMIGIO.-** ¿A dónde?
- PILAR.-** Ve al cuarto y tráeme la sombra de los ojos, anda.
- REMIGIO.-** Voy. (*Sale*)
- EVARISTO.-** ¿Queréis dejar de saliros del tema? Esos dos de ahí fuera no van a irse hasta saber algo.
- REMIGIO.-** (*Entra un poco asustado*) Escuchad. Ahí fuera hay dos guardias civiles riñendo. (*Pica a LUZ*) Oiga, doña Luz, están ahí unos guardias. Vaya a ver qué quieren.

CRISTINA.- El que no ha sido seguro es este infeliz. Remigio, que doña Luz está muerta, hijo.

REMIGIO.- ¿Cómo? Pues habrá que ir a llamar a la guardia civil.

PILAR.- Anda, Remigio, ve a donde te he mandado y deja esto para nosotros.

REMIGIO.- ¿A dónde me has mandado?

PILAR.- A mi habitación, a por la sombra de ojos.

REMIGIO.- Ah, voy. (*Abre y cierra la puerta asustado*) ¡Diablos! Hay dos guardias civiles en el pasillo riñendo.

CRISTINA.- No, si la culpa es tuya, Pilar. Menudo recadero te has echado.

EVARISTO.- A ver si nos centramos, puñetas. Vamos, que de aquí no va a salir, que al fin y al cabo, quien más quien menos, todos teníamos ganas de deshacernos de ella. ¿Quién ha sido?

REMIGIO.- Iba a ir yo, pero hay en el pasillo... ¿Quién estaba en el pasillo? ¿Y a dónde iba yo?

CRISTINA.- Por Dios, Remigio, siéntate y calla.

EVARISTO.- Dorotea, tu chocabas mucho con ella.

DOROTEA.- Los pasillos son tan estrechos...

EVARISTO.- Muy graciosa. ¿Cómo lo has hecho? Cuando le preparabas el café, ¿verdad?

DOROTEA.- Oye, chacho, a ver lo que dices, ¿eh? A lo mejor has sido tu, que también le has echado mano al café, y tienes bastante más mala leche que yo.

EVARISTO.- Si mal no recuerdo, la que le ha echado la leche has sido tu... ¡Y el arsénico!

SEBASTIÁN.- Evaristo, no seas así.

EVARISTO.- ¡No la tapes!

DOROTEA.- Oye, imbécil, que ese a mi no me tapa, me tapo yo sola.

PILAR.- De tan nerviosa que me estáis poniendo, no atino a pintarme bien.

EVARISTO.- A lo mejor estás nerviosa por otra cosa. Al fin y al cabo, tu has sido la que le ha echado el café.

SEBASTIÁN.- Deja a Pilar en paz, y si quieres sigue ensañándote con Dorotea, ¿eh?

EVARISTO.- Uy, para, que ha llegado el defensor de las mujeres. Serás infeliz. ¿No ves que no te hace ni caso?

SEBASTIÁN.- Ya quisieras tu tener la planta que tengo yo.

REMIGIO.- ¿Qué tiene, un geranio?

EVARISTO.- Pilar ha manipulado el café, así que pudo ser tan bien ella como Dorotea.

SEBASTIÁN.- Pero de Pilar respondo yo.

EVARISTO.- Estaréis compinchados.

PILAR.- Eso es lo que quiere él, pero yo soy mucha mujer para tan poco hombre.

CRISTINA.- ¡Ahora lo has matado!

EVARISTO.- Después de matar a doña Luz, igual le da matar a otro.

DOROTEA.- Oye, pasmado, cállate ya, ¿eh? ¿Qué tanto acusar y acusar? Tu también has tenido la taza en las manos. Es más, doña Luz ha muerto en cuanto se la has puesto delante. Y además, ¿no os acordáis lo que dijo nada más servirla?

REMIGIO.- Yo no.

CRISTINA.- Es verdad. Dijo: Así revientes.

DOROTEA.- Y entonces mismo reventó. ¿Qué? ¿Qué dices ahora?

EVARISTO.- ¿Y por qué iba a matar a esa mujer?

SEBASTIÁN.- No hacía ni un minuto que te había reñido por fumar. Estarías cabreado, ¿eh?

EVARISTO.- ¡Tu también has manipulado el café! De hecho, enseguida has cogido la bandeja de la chica. ¿Para qué? ¿Para echar el veneno en él?

SEBASTIÁN.- La taza también la había cogido Remigio.

CRISTINA.- ¿Cómo iba a ser Remigio?

DOROTEA.- O tu (*A CRISTINA*), que también la habías cogido. (*Hay un poco de lío mientras todos discuten y se acusan unos a otros. Con el ruido entran ERNESTO y CHEMA*)

ERNESTO.- ¿Qué pasa aquí? (*Contestan todos a la vez con acusaciones*) ¡Silencio! (*Callan todos*) No quiero más follón. Ni una palabra a no ser que nosotros preguntemos algo. ¿Está claro?

CHEMA.- Ahora pueden hablar, que está preguntando.

ERNESTO.- Y tu calla, ¿eh? Que me tienes hasta aquí. Voy a preguntarlo una vez más. ¿Quién ha matado a doña Luz? (*Contestan todos a la vez y señalando*)

DOROTEA.- ¡Evaristo!

EVARISTO.- ¡Sebastián!

SEBASTIÁN.- ¡Cristina!

CRISTINA.- ¡Pilar!

PILAR.- ¡Dorotea!

CHEMA.- Dios, no voy a tener esposas para tanta gente.

ERNESTO.- (*A REMIGIO*) ¿Y usted no dice nada?

REMIGIO.- Algo me suena de una sombra para los ojos, pero ahora mismo no caigo de lo que es.

CHEMA.- Entonces, ¿a quién detengo? (*De nuevo todos a la vez*)

DOROTEA.- ¡A Evaristo!

EVARISTO.- ¡A Sebastián!

SEBASTIÁN.- ¡A Cristina!

CRISTINA.- ¡A Pilar!

PILAR.- ¡A Dorotea!

ERNESTO.- A ver, otra como esta, y por mi padre que duermen todos hoy en chirona.

DOROTEA.- Ay, hijo, si durmieses normalmente aquí, no te daría más dormir en chirona. Seguro que está menos frío allá.

ERNESTO.- Por Dios, vamos a calmarnos, y a ver si de una vez aclaramos todo esto. He estado halando con mi compañero ahí fuera...

CHEMA.- ¿Hablando? Menuda bronca que...

ERNESTO.- ¡Calla, cuernos! Lo mejor es que hagamos una reconstrucción del crimen, que puede que eso nos dé una idea más clara de lo que ha pasado.

CHEMA.- Pero, oiga, eso no va poder ser.

ERNESTO.- ¿Por qué no?

CHEMA.- Porque la protagonista está muerta, ¿no se acuerda?

ERNESTO.- (*Se frota las sienes*) Después de esto tengo que pedir unas vacaciones... Largas, muuuui largas... A ver, vamos a echar a esta mujer en otro lado, para poder hacer la reconstrucción. Ayúdame, Chema. (*Cogen a LUZ, y la echan con cuidado en una esquina*) Bien, empecemos con la reconstrucción. Quiero que cada uno vaya a donde estaba antes de morir doña Luz.

CHEMA.- Entonces, ¿nos volvemos al cuartel? Nosotros estábamos allí.

ERNESTO.- No, Chema, no. Mira, tu vas ser doña Luz, ¿vale?

CHEMA.- ¡Eso, eso! A mi siempre se me ha dado muy bien hacer teatro. En la escuela, una vez hice de Don Juan...

ERNESTO.- ¿Tengo cara de que me importe mucho?

CHEMA.- No sabría decirle. Como siempre tiene cara de enfadado.

ERNESTO.- ¡Siéntate en la mesa, puñeta! (*CHEMA lo hace un poco cohibido*) Y ahora, venga, todos a donde estaban. (*Lo hacen todos, menos REMIGIO que se queda de pie sin saber muy bien para donde ir*) ¿Y usted?

REMIGIO.- No me acuerdo que hago aquí, como para acordarme dónde estaba hace un rato.

CRISTINA.- Tu estabas ahí, Remigio.

ERNESTO.- Venga, pónganse donde estaban, y vamos a reconstruir el crimen.

CHEMA.- Oiga, pero de mentira, ¿eh? Que el que hace de muerto soy yo.

ERNESTO.- *(A SARA)* Según me dijo cuando he llegado, usted vino con la bandeja y el café, ¿no? Hágalo y haga exactamente lo que hizo. Si alguien ve algo raro, o que no ha sido como recuerda, que lo diga.

SARA.- Bien, yo había entrado con la bandeja esa que está ahí.

ERNESTO.- Pero hágalo.

SARA.- *(Coge la bandeja y va a la puerta).* Entré y saludé. Y entonces se levantó Sebastián y se arrimó a mi.

ERNESTO.- Don Sebastián.

SEBASTIÁN.- *(Se levanta y se arrima a ella)* Y yo la saludé con educación.

EVARISTO.- ¿Con educación? Si te pusiste a piropearla nada más verla.

SEBASTIÁN.- Bueno, es verdad, algo le había dicho de lo guapa que estaba. Y entonces cogí la bandeja.

DOROTEA.- No, no, eso no fue así. Primero doña Luz lo había reñido por coquetear con la criada.

CHEMA.- Ah, entonces soy yo. *(Con voz de pito)* ¿Qué hace, Don Sebastián? Deje usted a la criada.

ERNESTO.- ¿Tu qué haces?

CHEMA.- Dice la señora había reñido...

ERNESTO.- ¿Y porqué pones esa voz?

CHEMA.- Eh, que yo hago teatro del método. Si no me meto en el personaje, no me sale. Cuando hice de Don Juan estuve tres semanas...

ERNESTO.- Calla, Chema, y haz nade más lo que yo te mande, ¿vale?

CHEMA.- *(Para sí)* Ignorante. Pues bien que me felicitaron en mi papel de Tenorio.

SEBASTIÁN.- Bien, la dueña me había reñido, y yo tomé la bandeja y la puse aquí encima. *(Lo hace)* Y luego fui a sentarme otra vez.

ERNESTO.- ¿No sirvió usted el café?

PILAR.- No, lo hice yo. *(Se levanta muy coqueta, y echándole unes miradas muy sugerentes a ERNESTO, que se muestra violento. SEBASTIÁN muy enfadado)* Serví el café en una taza, y se lo puse en la mesa a la señora. *(Lo*

hace. A la que va para la mesa, tropieza intencionadamente y se echa encima de ERNESTO) Uy, que torpe soy.

DOROTEA.- ¡Y qué fresca!

PILAR.- Menos mal que estaba aquí este mocetón para sujetarme.

ERNESTO.- Por favor, señora, a lo que estamos.

PILAR.- ¿Usted está casado? Yo estoy soltera.

EVARISTO.- Para desgracia de Sebastián.

SEBASTIÁN.- ¡La madre que te...!

ERNESTO.- No se desvíen, sirva el café. (*PILAR lo hace*) ¿Qué más?

PILAR.- Entonces la señora lo probó.

CHEMA.- (*Prueba el café*) Ajjj, está frío.

ERNESTO.- (*Asustado*) ¿Qué haces? ¿No ves que puede estar envenenado?

CHEMA.- ¡Ay, Dios! (*Escupe, y limpia la lengua con el mantel*) ¡Que a mi enseguida me sienta todo muy mal, que tengo el estómago muy delicado!

ERNESTO.- Hay que ir al médico inmediatamente, por si acaso.

SARA.- No, no se apuren. El café estaba bien. Había tomado yo una taza antes de ponérselo a la señora, y no me ha pasado nada. Tiene que ser o la leche, o el azúcar.

ERNESTO.- Dios, que susto. Vamos a seguir. Y tu, bobainas, a ver lo que haces.

CHEMA.- (*Se sienta de nuevo*) Ya le digo que me meto en el papel... Como cuando Don Juan.

ERNESTO.- Pues si no quieres ser uno de los espectros que salen en el Tenorio, no vuelvas a probar nada. Sigamos. A ver, doña Luz había probado el café. ¿Qué mas?

DOROTEA.- Protestó porque no tenía leche.

CHEMA.- (*Con voz de pito*) Este café no tiene leche... (*Con su voz*) Perdón, perdón.

DOROTEA.- Y entonces yo le pedí a Remigio que me acercase la taza.

ERNESTO.- Háganlo tal cuál.

DOROTEA.- Remigio, trae la taza de Doña Luz. (*REMIGIO va donde la muerta*)

REMIGIO.- No veo ninguna taza.

DOROTEA.- La de la mesa, Remigio.

REMIGIO.- (*A CHEMA*) ¿Usted se llama también doña Luz?

CHEMA.- (*Se levanta y saluda con educación, dando la mano*) No, soy Chema, tanto gusto.

ERNESTO.- ¡A lo que estamos!

CHEMA.- Le va a salir una úlcera como siga así... Toma, llévale esta taza a aquella mujer. (*REMIGIO lleva la taza a DOROTEA*)

DOROTEA.- Entonces yo serví la leche, y volví a dársela a Remigio para que la llevase a doña Luz. (*REMIGIO coge la taza y va donde la muerta*) ¡Para la otra doña Luz, Remigio!

REMIGIO.- Ah. (*Se la da a CHEMA*)

ERNESTO.- ¡Y no se te ocurra probarla!

CHEMA.- No, porque está fría.

DOROTEA.- Y luego ya fui a sentarme.

EVARISTO.- (*Se levanta como un resorte*) ¡Eso no ha sido así!

DOROTEA.- ¿Cómo que no, esperpento?

EVARISTO.- No. Cuando le habías dado la taza a Remigio, dijiste una cosa. ¿No te acuerdas?

DOROTEA.- Pues no, no me acuerdo.

REMIGIO.- Mira, algo así me pasa a mi. Creo que tiene la culpa uno con un nombre muy raro, como de levantarse... Alcéme, o algo así.

EVARISTO.- Pero me acuerdo yo. Dijiste: Toma, dáselo, a ver si revienta.

DOROTEA.- También habías dicho tu...

EVARISTO.- ¡Ahí no hemos llegado todavía! ¿Ha tomado nota, señor?

ERNESTO.- He tomado nota, no se preocupe. Sigamos. ¿Qué mas pasó?

EVARISTO.- Pero, ¿para qué quiere continuar? Ya está todo claro. Dijo: A ver si revienta, y ha reventado. Para mi está clarísimo.

CHEMA.- (*Mira el café*) No, está más bien oscuro. Este café estaba muy cargado. A mi me gusta más con mucha leche, porque luego si no, me pongo nervioso.

ERNESTO.- ¡Nervioso me estoy poniendo yo! Señor, ya he dicho que he tomado nota, pero vamos a seguir hasta el final, ¿vale?

DOROTEA.- Eso, eso, siga hasta el final, que también escuchará cosas muy interesantes.

ERNESTO.- ¿Qué mas pasó?

CRISTINA.- Doña Luz había protestado porque el café no tenía azúcar.

ERNESTO.- ¡Ni una palabra, Chema!

CHEMA.- Bueno, bueno... Tampoco hay que enfadarse.

CRISTINA.- Entonces me ordenó a mi que se lo echase. Yo tomé la taza (*Lo va haciendo*), fui al mueble, le pregunté que cuanto azúcar...

CHEMA.- Mucho, que soy muy goloso.

ERNESTO.- ¡Chema!

CRISTINA.- Serví dos cucharadas, y como la señora estaba tan enfadada, le pedí a Evaristo que le llevase él la taza.

DOROTEA.- Y ahora va a venir la parte interesante.

ERNESTO.- ¿Evaristo?

EVARISTO.- Cogí la taza y se la puse en la mesa a doña Luz.

ERNESTO.- Pero hágalo.

DOROTEA.- Sí, y di todo lo que habías dicho.

EVARISTO.- (*Lo va haciendo malhumorado*) Le puse la taza en la mesa, y dije... dije...

DOROTEA.- Venga, papanatas, ¿qué habías dicho?

EVARISTO.- Dije... Así... Así...¿Así de caliente?

DOROTEA.- ¿Qué? ¡No había dicho eso!

EVARISTO.- ¿Cómo que no? ¿Me lo va a decir usted a mi?

DOROTEA.- Dijiste, así se te atragante.

EVARISTO.- ¡Hale! No haga caso, señor, que ya está un poco sorda, y se equivoca. Dije: ¿Así de caliente?

DOROTEA.- Estoy muy bien del oído. Dijiste claramente que se atragantase. ¿No lo habíais oído vosotros?

PILAR.- Hombre, algo había dicho, eso sí, pero ahora... ¿Tu te acuerdas, Remigio?

REMIGIO.- ¿De qué?

SEBASTIÁN.- Pilar... Algo sí que rezongó por lo bajo...

CRISTINA.- Yo tampoco lo he oído bien.

DOROTEA.- Vaya por Dios. ¡Qué bien habéis oído lo de que reventase, pero que mal lo de Evaristo! Pues estoy completamente segura de que lo dijo, y no me pienso bajar de la burra.

CHEMA.- Arrea, ¿estaba usted subida en una burra cuando se cometió el crimen?

ERNESTO.- No quiero oír ni una palabra más. Lo que está claro es que todos han tocado esa taza, y que todos han podido echar el arsénico al café, o a la leche, o al azúcar. Es lo único que hemos sacado en claro de esta reconstrucción.

CHEMA.- Si me hubiera dejado a mi actuar como sé, por lo menos habría sido más vistosa...

ERNESTO.- Paciencia, Ernesto, paciencia... Bien, tenemos un cadáver, tenemos el arma homicida, tenemos sospechosos. Solo nos falta una cosa: El móvil.

SEBASTIÁN.- ¿A quién hay que mover?

ERNESTO.- Un móvil, un motivo para matar a Doña Luz. Quien haya tenido la oportunidad y el móvil, seguro que ha sido el asesino. Y puesto que oportunidad la han tenido todos, necesitamos saber quién ha tenido un móvil.

CHEMA.- ¡Qué listo es este hombre!

PILAR.- ¡Y qué guapo!

ERNESTO.- Tendremos que interrogar otra vez a esta gente.

CHEMA.- ¿Y esta vez yo qué hago, de bueno o de malo?

ERNESTO.- Con que no molestes mucho, ya es de sobra. De todas maneras, antes vamos a hacer otra cosa. (*Lleva aparte a CHEMA*) Esos dos que discuten tanto tienen que saber algo. A mi me parece que sería bueno que hiciésemos un careo entre ellos, para ver si alguno se descubre.

CHEMA.- Vale, ¿y yo soy el bueno o el malo?

ERNESTO.- ¿Tampoco sabes lo que es un careo? ¿No has aprendido nada en la academia?

CHEMA.- Es que yo estoy aquí porque un tío mío es el general del cuerpo en Oviedo. No he pasado por la academia, he entrado de frente.

ERNESTO.- Y de todos los que había en el cuerpo, me has tocado a mí.

CHEMA.- Eso parece. Cuando el sargento me dijo que iba con usted, recuerdo echaba unas carcajadas.

ERNESTO.- El sargento... por lo que veo aún no ha asimilado del todo bien que haya cortado con su hija.

CHEMA.- Coño, ¿cortejaba con la hija del sargento? Es preciosa. ¿Cómo es que lo han dejado?

ERNESTO.- Ay, Chema, ¿tu sabes lo que es tener de suegro a un sargento de la guardia civil? El primer día que me llevó a su casa a comer fue el peor de mi vida. Anda, vamos a dejarlo. Y vamos hacer el careo. (*A los viejos*) Salgan por favor otra vez de la sala, y esperen a que los llamemos. (*A DOROTEA y EVARISTO*) Ustedes quédense. (*Salen los demás*) Vamos a sentarnos a la mesa. (*DOROTEA a un lado, EVARISTO al otro, ERNESTO en el medio y CHEMA de pie*) A ver, quiero que me aclaren lo que ha pasado aquí.

DOROTEA.- No hay nada que aclarar. Yo estoy segura que ese que está ahí ha dicho lo que ha dicho.

EVARISTO.- Aquí la única que ha amenazado ha sido esa. Y la ha oído todo el mundo.

CHEMA.- Yo no.

ERNESTO.- A ver, señora. ¿Usted piensa que él tenía algún motivo para matar a Doña Luz?

DOROTEA.- ¿Alguno? Un montón. Antes mismo de morir aún lo había reñido por fumar.

ERNESTO.- No me había contado eso.

EVARISTO.- Porque estaba riñendo a todas horas: Lo mismo por el tabaco, que por cualquier otra cosa.

DOROTEA.- A mi no me reñía.

EVARISTO.- ¿Que no? Pues cuando tocaba bañarse, las voces se oían hasta en la Escalera. (*N.A. Lugar más famoso de la Playa de Gijón*)

DOROTEA.- Hombre, normal. Quería que nos bañásemos una vez a la semana.

CHEMA.- ¿Y eso era malo?

DOROTEA.- Que sepas, chaval, que esta piel no se consigue así como así. Gracias a ello aparento diez años menos de los que tengo.

CHEMA.- ¿Ochenta?

DOROTEA.- ¡Tengo solo setenta! Y estoy así porque me bañaba solo el día de la fiesta del santo y el de la Inmaculada.

EVARISTO.- Su difunto, que en gloria esté, debía de tener un problema “de narices”.

DOROTEA.- Ya quisieras tu parecerle un poco a mi difunto.

EVARISTO.- Pobrecillo. Con lo que tuvo que aguantar.

DOROTEA.- Debió ser peor lo de la tuya, porque aguantarte a ti...

ERNESTO.- A ver, a ver, estamos aquí para hablar de lo que ha pasado en la sala cuando mataron a Doña Luz, no se vayan por las ramas.

DOROTEA.- Por ahí es por donde tendría que irse ese, que es por donde andan los orangutanes.

EVARISTO.- Mira, no te voy a contestar a eso... porque no sé lo que es un orangután.

CHEMA.- Es un mono.

EVARISTO.- Oiga, va usted a faltarle a su tío, ¿eh?

CHEMA.- ¿Al general? No me atrevo. Tiene muy mal genio.

ERNESTO.- Al grano, al grano.

DOROTEA.- Al grano van las gallinas.

EVARISTO.- Tu más que gallina más bien pareces una lechuza.

DOROTEA.- ¿El qué?

CHEMA.- Es un pájaro que sale de noche...

DOROTEA.- Cállate. Quiero más ser una lechuza que no un orangután.

EVARISTO.- ¡Víbora!

DOROTEA.- ¡Cerdo!

EVARISTO.- ¡Cucaracha!

DOROTEA.- ¡Mandrill!

EVARISTO.- ¿Qué dice esta de un mandril?

ERNESTO.- ¡Ya, ya, ya y ya! Por Dios, ¿podemos ir a lo que vamos? ¿No se dan cuenta de lo grave que es lo que tenemos entre manos? Ha muerto una mujer, y si no damos con el que lo ha hecho, van a acabar todos en el calabozo, y que decida el juez. Ustedes verán.

DOROTEA.- Porque una tiene un poco de educación, que si no...

CHEMA.- No, que está educada ya lo vemos, porque lo de orangután y mandril...

ERNESTO.- ¡Estoy harto! Chema, sácame a estos dos de aquí, y manda pasar a la criada, anda, a ver si ella nos aclara algo, porque ya estoy de viejos...

DOROTEA.- Allá llegará usted, joven.

ERNESTO.- No, a este paso no llego. (*Sale CHEMA con los viejos y entra con SARA*) Siéntese, por favor. A ver, ¿usted lleva mucho aquí?

SARA.- No, señor, acabo de llegar y sentarme.

ERNESTO.- Y pensar que mi madre siempre quiso que hubiese estudiado para maestro. ¿Por qué no le habré hecho caso?

CHEMA.- Mi madre habría querido que hubiese sido fontanero.

ERNESTO.- ¡Chema! No fastidies más, y a lo que estamos. A ver, señorita, quiero decir que cuánto hace que trabaja en esta residencia.

SARA.- Tres años, más o menos.

CHEMA.- Entonces entraría muy joven, ¿eh? Porque usted tendrá unos... ¿veinte años?

SARA.- ¿Eso es importante?

CHEMA.- Esto... Para la ficha. Cualquier asunto puede ser importante.

SARA.- Tengo veintidós.

CHEMA.- Muy bien llevados. ¿Y novio? ¿Tiene novio?

SARA.- ¿Eso también es para la ficha?

CHEMA.- Claro, claro. Para la ficha.

ERNESTO.- Chema... Los cortejos, para el tiempo libre. Así que lleva aquí tres años...

CHEMA.- Desde los diez y nueve.

ERNESTO.- Gracias, Chema. Yo también sé restar. Supongo que entonces conocerá bien a los viejos. ¿Qué me puede decir de ellos?

SARA.- Son buena gente. No suelen dar mucho que hacer. Menos Remigio. El pobre tiene alzheimer, pero los demás lo tienen bien cuidado.

CHEMA.- ¿Y a qué hora sale de trabajar?

SARA.- Remigio no trabaja, está retirado.

CHEMA.- Le digo usted. ¿A qué hora?

ERNESTO.- Chema...

CHEMA.- Si me dice que tengo que dejar el cortejo para el tiempo libre, tendré que saber a qué hora venir.

ERNESTO.- Hábleme de Evaristo.

SARA.- Es protestón, pero es buen hombre. Al parecer de joven hizo de todo, pero no aprendió nada. Ha sido aprendiz toda la vida, pero nunca ha llegado a oficial de nada.

ERNESTO.- ¿Sabe cuál ha sido el último trabajo que ha tenido?

SARA.- Creo que sí. Juraría que ha sido en la farmacia.

ERNESTO.- Vaya, eso es muy interesante. Alguien que haya trabajado en una farmacia tiene que saber mucho de venenos. Y conocerá a los farmacéuticos, y tal vez con la disculpa de visitarlos, habría podido ir allá y coger el veneno.

CHEMA.- ¡Arrea! ¡Qué inteligente es! Ya ha resuelto el caso. ¿Voy a detenerlo?

ERNESTO.- Espera, no nos precipitemos, y vamos a tener toda la información. ¿Qué me puede decir de Dorotea?

SARA.- Enviudó joven, y sin hijos. Le había quedado una pensión muy pequeña, y tuvo que trabajar toda su vida.

ERNESTO.- ¿Y en qué trabajaba?

SARA.- Limpiando casas de gente adinerada, y locales de algunos negocios.

ERNESTO.- ¿Qué negocios?

SARA.- Pues creo que... La taberna, la escuela... ¡La farmacia!

ERNESTO.- O sea, que esta mujer también ha podido ir a ver a sus antiguos amos y hacerse con el veneno.

CHEMA.- ¿La detengo también?

ERNESTO.- A ver... (*Mira la libreta*) ¿Qué me puede decir de Sebastián?

CHEMA.- ¿A que también ha trabajado en la farmacia?

ERNESTO.- No, no, este ha sido carpintero toda su vida. Bueno, menos cuando andaba persiguiendo doncellas, porque es todo un don Juan. Nos piropea a todas.

CHEMA.- A ti es normal que te piropee...

ERNESTO.- Haz el favor, Chema. ¿Dónde trabajaba?

SARA.- En la carpintería del pueblo. Va muy a menudo por allí, todas las semanas. El dice que es para echar una mano, y para enseñar a los aprendices, pero todos sabemos aquí que va porque el dueño tiene una hija monísima.

CHEMA.- Por lo menos éste no ha podido hacerse con el veneno.

ERNESTO.- ¿Qué no? ¿Sabes con qué se trata la madera para que dure? ¡Con arsénico! También ha podido cogerlo cuando va a la carpintería.

CHEMA.- ¡Ay, madre! Oiga, que si hay que detener a tres, no tenemos esposas para tantos.

ERNESTO.- A ver... Pilar. ¿Y de esta qué me dice?

SARA.- Es buena mujer. A mi me parece que Sebastián anda detrás de ella, pero bueno, ya les he dicho que anda detrás de todas. La pobre no acaba de asumir que ya es vieja, y se comporta como una joven. De hecho, piensa que cualquier día van a venir sus hijos a por ella para sacarla de aquí.

ERNESTO.- ¿Y no es así?

SARA.- Los hijos no han venido ni una vez a verla desde que está aquí, y ya estaba antes de empezar a trabajar yo. Usted me dirá.

CHEMA.- ¿Y esta ha trabajado en la farmacia?

SARA.- No.

CHEMA.- ¿Y era carpintera?

SARA.- No.

CHEMA.- Menos mal. Podemos tachar una por lo menos.

ERNESTO.- ¿Sabe si sale mucho del asilo?

SARA.- Va mucho a ver a un pariente que está aquí en el pueblo. Es latonero, creo.

ERNESTO.- ¡Vaya!

CHEMA.- ¿Qué pasa?

ERNESTO.- Que para el latón también se usa arsénico, así que esta mujer también pudo conseguir arsénico, a través de este pariente.

CHEMA.- Hombre, no me mate. (A SARA) ¿Y la que falta? ¿Esa puedo tacharla por lo menos?

SARA.- No sé que les diga. Acompaña siempre a Pilar cuando sale a ver a este pariente...

ERNESTO.- Nada, no hemos logrado nada. Todos han podido conseguir arsénico de una forma o de otra.

CHEMA.- Todos no. Esta señorita seguro que no ha podido.

ERNESTO.- No, ¿eh? (*A SARA*) ¿Usted tiene llave del armario de las medicinas?

SARA.- Claro, soy la encargada de dárselos a los internos.

ERNESTO.- ¿Ves? Ella también puede, porque hay muchas medicinas que llevan arsénico. El único que me parece que no pudo ser es el que tiene alzhéimer, pero a estas alturas, prefiero no descartarlo tampoco. En fin, señorita, si es tan amable, salga, que tenemos que hablar.

SARA.- Con su permiso. (*Sale de la sala*)

ERNESTO.- Estoy un poco perdido.

CHEMA.- Ah, no se preocupe, yo no. Estamos en el asilo de este pueblo, y sé volver al cuartel sin problema.

ERNESTO.- Con el caso, Chema, con el caso. Todos han podido obtener arsénico. Todos han tenido oportunidad de dárselo... Y estoy seguro que si investigamos, todos habrían tenido motivos. Estamos en una calle sin salida.

CHEMA.- Pues si a usted no se le ocurre nada...

ERNESTO.- (*Determinado*) A grandes males, grandes remedios. Está visto que por las buenas no va haber manera de hacer nada, así que tendrá que ser por las malas.

CHEMA.- ¿Va a pegarles? Oiga, que son muy viejitos.

ERNESTO.- No, vamos a engañarlos. Hay que hacer que crean que ya tenemos al culpable, y puede que alguno diga algo que nos ayude.

CHEMA.- A ver, a ver, que yo me aclare. ¿Cómo lo vamos a hacer?

ERNESTO.- Muy sencillo. Vamos a traerlos separados, y vamos a decirles que los otros los han acusado. Si está el culpable entre ellos, seguro que se descubre, y si no está, igual con la idea de defenderse, nos dan alguna pista de quién es el asesino.

CHEMA.- Es increíble.

ERNESTO.- Bueno, Chema, es una cosa que se hace muchas veces.

CHEMA.- No, digo que es increíble que no haya entendido una palabra de lo que ha dicho. Pero bueno, si usted piensa que puede servir...

ERNESTO.- Tráeme acá un par de ellos. Que no sean los que ya han entrado.

CHEMA.- (*Sale y entra con SEBASTIÁN y CRISTINA*) ¿Valen estos dos?

ERNESTO.- Pasen y siéntense.

SEBASTIÁN.- Mira que bien emparejado me han puesto.

CRISTINA.- ¿Con quién te vas a emparejar tu, papanatas?

ERNESTO.- Bien, se han acabado las tonterías. La criada ha cantado.

SEBASTIÁN.- Pues no se le da nada bien. Cuando está limpiando pega unos berridos...

CRISTINA.- Ay, no lo hace tan mal. Es peor cuando canta Pilar. ¿Ustedes han oído alguna vez a un pavo? Pues algo así, pero...

ERNESTO.- No se me vayan por las ramas, no. Ya lo sabemos todo. (*Serio*) ¿Cómo lo han hecho?

SEBASTIÁN.- ¿Hacer el qué?

CRISTINA.- ¡Eso! ¿El qué? Porque yo con este hacer no he hecho nada, ni tengo pensado.

SEBASTIÁN.- Eso será porque tu no quieres.

CRISTINA.- Como se entere Pilar...

SEBASTIÁN.- ¿Quién se lo va a decir?

ERNESTO.- ¿No me están oyendo?

SEBASTIÁN.- Es que yo al lado de una mujer tan guapa me despisto, ¿no sabe?

ERNESTO.- Les estoy diciendo que han caído con todo el equipo. Lo sabemos todo. No disimulen más.

CRISTINA.- Oiga, santo, como no se explique un poco mejor...

CHEMA.- Casi me estoy perdiendo hasta yo.

ERNESTO.- ¡Sabemos que ustedes han matado a doña Luz! Tenemos una confesión.

CRISTINA.- Pues no parecen curas. ¿Quién se ha confesado?

ERNESTO.- Venga, no se hagan los suecos. Vale más que confiesen, que así la pena será menor. ¿Cómo lo han hecho? ¿Dónde han conseguido el arsénico?

CRISTINA.- Es que yo solo me confieso con Don Patricio, el cura de aquí. Es un santo, ¿saben? Siempre tiene un buen consejo que dar.

ERNESTO.- Pero, ¿ustedes me están tomando el pelo?

SEBASTIÁN.- No se ponga así, ¿eh? No hace falta dar voces. Es que no se explica bien.

CHEMA.- Tienen razón, ni yo me aclaro.

ERNESTO.- Vamos a ver. La criada de la residencia nos ha dejado bien claro que ustedes son los asesinos. ¿Está suficientemente claro, o necesitan alguna explicación más?

CRISTINA.- ¡Eso es mentira! No sé por qué esa chica habrá dicho tal cosa.

SEBASTIÁN.- ¿No lo sabes? Eso te lo digo yo. Esa chica está dolida porque no le hago caso, ¿no entiende? Entonces, seguro que por hacerme daño, anda diciendo esas cosas.

CRISTINA.- No le hagan caso a este idiota. ¿Que tu no les haces caso a ella? ¡Ella! Ella es la que no te hace ni caso a ti. Y no me extraña, tiene edad para ser su abuelo.

SEBASTIÁN.- ¿Su abuelo? *(A ERNESTO)* ¿Usted cuantos años me echa?

CHEMA.- Hombre, así a bote pronto...

ERNESTO.- ¡Chema, no les sigas el juego! Oiga, ya me tienen hasta el gorro. ¿No se dan cuenta de la gravedad del tema? Pueden ir a prisión.

CRISTINA.- Pues mire, así salimos algo, que aquí nunca nos sacan a ningún sitio, tenemos que ir solos, y como mucho hasta el pueblo.

SEBASTIÁN.- Si quieres salir, te saco yo cuando quieras al baile. Soy un maestro del foxtrot...

CHEMA.- Caramba, ¿usted sabe bailar el foxtrot? A mi se me atraviesa.

ERNESTO.- Pero, ¿tu bailas?

CHEMA.- Voy con mi mamá a clases de baile hace tiempo, las imparten en la parroquia. Bailamos vals, tango, foxtrot. Mire, el foxtrot es una cosa así...
(Da unos pasos de baile)

SEBASTIÁN.- Calla, ¿eso es un foxtrot? Esto es un foxtrot *(Se pone a bailar de lado de CHEMA)*

CRISTINA.- Hale, ahí tiene a Fred Astaire y Ginger Rogers. Dejad esas bobadas, que donde esté una buena jota.

ERNESTO.- *(Apoyado desesperado en la mesa)* Esto no me puede estar pasando a mi. Chema, sácame a esta gente de aquí ahora mismo.

CHEMA.- ¿Y traigo a alguien más?

ERNESTO.- Hazme un favor y perdeos todos por ahí.

CHEMA.- ¿Eh?

ERNESTO.- Que entren todos, y a ver si acabamos de una vez con este asunto.

CHEMA.- Pero, ¿saco primero a estos?

ERNESTO.- ¡Que entren todos de una vez, Chema!

CHEMA.- Bueno, bueno, tampoco hace falta gritar. *(Sale y entra con el resto de los personajes, que se van sentando por un lado y otro)*

ERNESTO.- Bien, ya veo que no tienen pensado colaborar ni lo más mínimo. Ya hemos hecho una reconstrucción, y no hemos sacado nada en claro. De los

interrogatorios quiero más no hablar. Los careos no han servido para nada. Una de dos: o el asesino es inteligentísimo, y no se va a dejar coger tan fácilmente, o están todos en el ajo, y lo único que hacen es marear la perdiz. Y esto ya es un asunto de amor propio. De aquí no sale nadie hasta que el culpable confiese. Y yo no tengo prisa, puedo pasarme aquí todo el día sin problema.

CHEMA.- Perdone, yo tengo que ir al baile con mi mamá a la parroquia, que luego se enfada si falto. *(Ante la mirada irritada de ERNESTO)* Aunque, bueno, hoy tocaba el pasodoble, y ese a mi como que no me gusta...

ERNESTO.- Todos han tenido oportunidad de matar a Doña Luz, todos han tenido posibilidad de tener el veneno. Seguro que todos han tenido motivos. Y nadie tiene coartada.

EVARISTO.- Bono, eso igual no es así.

ERNESTO.- ¿Usted la tiene?

EVARISTO.- Si supiera lo que es, le decía si la tengo o no.

ERNESTO.- Lo que quiero que sepan es que todos pueden acabar en prisión por obstrucción a la autoridad.

EVARISTO.- No sé lo que es la “cortada” esa, como para saber lo que es esto de la “onstrucción”.

ERNESTO.- Pero voy a hacerles una proposición.

PILAR.- ¿Sí? ¿Indecente? ¡Yo digo que sí!

SEBASTIÁN.- Vaya, ¿y cuando te las hago yo?

PILAR.- Vas a comparar...

ERNESTO.- Aquel de ustedes que me diga quién es el asesino quedará libre de todos los cargos, pero el resto irá a prisión por ocultación.

EVARISTO.- Como siga hablando así...

ERNESTO.- En una palabra, que el que se chive, libra, y los demás, a chirona. *(Una pequeña pausa en que todos se miran unos a otros)* De hecho, mi compañero y yo vamos echar un vistazo al despacho de Doña Luz, y mientras, ustedes piensen en lo que les acabo de decir. Vamos, Chema. *(Sale con CHEMA)*

REMIGIO.- *(Tras otra pausa incómoda)* Oíd, no quisiera ponerlos nerviosos, pero hay una mujer tirada allí en aquel rincón, y estoy mirando para ella desde que he entrado aquí, y no se mueve... O bueno, si se ha movido no me acuerdo.

DOROTEA.- Tenemos que hablar del asunto, porque uno es que no me haya dado mucha pena que alguien se cargase a Doña Luz, y otro tener que ir a la cárcel por culpa de él. (*Pausa*) ¿Qué? ¿No dice nadie nada?

EVARISTO.- Venga, hombre, el que lo haya hecho que confiese a los guardias, para que nos libremos los demás.

CRISTINA.- No es por nada, pero estáis dando por supuesto que ha sido uno de nosotros, pero no uno de vosotros.

DOROTEA.- Es que yo sé que no he sido.

CRISTINA.- Eso mismo lo se yo también.

DOROTEA.- Qué no he sido yo, ¿verdad?

CRISTINA.- No, que no he sido yo. ¿Y tu, Evaristo? ¿Tu también sabes que no has sido tu?

EVARISTO.- Pues sí.

SEBASTIÁN.- Estamos en un círculo vicioso.

PILAR.- ¡Sinvergüenza! (*Le da una bofetada*)

SEBASTIÁN.- ¿Por qué me pegas?

PILAR.- ¡Por llamarnos viciosos, guarro! Vicioso tu, que andas todo el día detrás de las faldas de cualquiera que las lleve, curas incluidos.

SEBASTIÁN.- Mujer, digo que estamos dando vueltas y no llegamos a nada. Está claro que quién haya sido no va a decirlo, así que tenemos que pensar algo para librar a los demás de la cárcel.

CRISTINA.- ¡Otro! ¿Tu tampoco has sido, salado?

SEBASTIÁN.- Claro que no, faltaría más.

REMIGIO.- ¿No os habéis dado cuenta que hay una mujer tirada allí, en aquel sitio? Y me parece que no se mueve.

SEBASTIÁN.- Caramba, Remigio, déjalo ya.

EVARISTO.- ¡Un momento! ¡Eso es! Tengo una idea que nos puede sacar a todos de este lío: Remigio.

DOROTEA.- Si, hombre, sí, Remigio. Se le olvida cada dos minutos que doña Luz ha muerto, nos va a sacar él del apuro.

EVARISTO.- Si, va a sacarnos él, porque vamos a decir todos que sabemos que Remigio ha asesinado a Doña Luz.

DOROTEA.- ¿Qué dices?

EVARISTO.- Escuchad. Si todos decimos que ha sido él, será culpable, pero con la enfermedad que tiene, no va a ir a prisión, porque podrá alegar cualquier

cosa: Que se le había olvidado que era el arsénico, o que lo confundió con el azúcar. ¿No lo veis? Es el ideal.

DOROTEA.- Sí, el ideal para librar al verdadero asesino.

EVARISTO.- El asesino no se va a descubrir, así que esta es la mejor forma de que los demás también nos libremos. ¿Estáis conmigo?

DOROTEA.- ¡Yo no!

SEBASTIÁN.- Dorotea, a mi tampoco me sabe bien acusar a Remigio, pero Evaristo tiene razón, es lo mejor.

DOROTEA.- ¿Y vosotras? ¿También pensáis lo mismo?

CRISTINA.- (*Baja la cabeza*) Sí...

PILAR.- Mujer, piensa en todos.

EVARISTO.- Estamos todos de acuerdo, Dorotea. ¿Vas a destrozarnos el plan?

DOROTEA.- Si es la decisión de todos, callaré, pero no contéis conmigo para nada. Yo diré que no he visto nada.

EVARISTO.- Entonces, ¿estamos de acuerdo?

SEBASTIÁN.- Sí, pero era conveniente que decidiésemos bien lo que vamos a contar, para que no haya meteduras de pata.

EVARISTO.- Vale. Vamos a decir que... (*Entran ERNESTO y CHEMA*) ¡Caracoles!

ERNESTO.- ¿A decir qué?

EVARISTO.- Que... ¿Qué de que?

ERNESTO.- ¿Qué estaba diciendo?

EVARISTO.- ¿Quién? ¿Yo?

ERNESTO.- No, yo.

CHEMA.- Ah, eso lo sé yo. Usted ha dicho: ¿A decir qué?

ERNESTO.- Calla, Chema, calla. ¿De qué estaban hablando?

EVARISTO.- Aquí pasando el tiempo, ¿no sabe?

ERNESTO.- Es igual. Hemos estado buscando en el despacho de Doña Luz, y hay algunas cosas muy interesantes. ¿Nadie tiene nada que decirnos?

REMIGIO.- Sí, yo. Allí hay una mujer tirada y a mi me parece que no se mueve. Igual le ha pasado algo.

ERNESTO.- En fin, van a tener que venir todos con nosotros al cuartel...

EVARISTO.- (*Asustado*) ¡No, no hace falta! Vamos a confesar. Ha sido él. (*Por REMIGIO*)

ERNESTO.- Muy interesante. ¿Y cómo lo sabe?

EVARISTO.- Pues... porque lo vi echar el veneno en el café.

ERNESTO.- ¿Alguien más lo ha visto?

SEBASTIÁN.- Sí, yo.

CRISTINA.- Y Pilar y yo también.

ERNESTO.- ¿Y en qué momento ha sido?

EVARISTO.- (*A la vez que SEBASTIÁN*) En la cocina.

SEBASTIÁN.- (*A la vez que EVARISTO*) Aquí en la sala. (*Se miran*)

EVARISTO.- No... que había ido a la cocina a por la taza... y lo ha echado aquí en la sala.

ERNESTO.- Pero, ¿no había traído el café la criada en una bandeja?

SEBASTIÁN.- Si, sí, lo que había traído Remigio de la cocina fue el veneno.

ERNESTO.- (*A CRISTINA*) ¿Y ustedes han visto lo mismo?

CRISTINA.- Sí, señor, lo mismo.

ERNESTO.- ¿Lo mismo que quién?

CRISTINA.- Que Evaristo y Sebastián.

ERNESTO.- Es que parece que Evaristo y Sebastián no se aclaran del todo. A ver, señorita (*A SARA*) ¿Remigio estaba en la cocina cuando usted ha ido a por el café?

SARA.- (*Acobardada*) Sí... Me parece que sí.

ERNESTO.- Pero en la reconstrucción, ustedes habían dicho que Remigio estaba allí (*Señalando*).

EVARISTO.- Y estaba, pero eso fue después de venir de la cocina, ¿a que fue así? (*Los demás asienten, menos DOROTEA, que está muy seria en un lado*)

ERNESTO.- ¿Y dónde traía el veneno?

EVARISTO.- (*A la vez que SEBASTIÁN*) ¡En el azúcar!

SEBASTIÁN.- (*A la vez que EVARISTO*) ¡En la leche!

EVARISTO.- Cuernos, Sebastián, déjame a mí.

ERNESTO.- ¿Y por qué lo tiene que dejar a usted? ¿No lo han visto todos?

EVARISTO.- ¡Todos! Pero es que Sebastián tiene tan mala memoria...

SEBASTIÁN.- Sí, debo tener ya también un poco de alzheimer.

REMIGIO.- Pues alguien me ha dicho que esa enfermedad es muy mala. ¡Dios nos libre de padecerla!

ERNESTO.- Bien, bien, así que entonces vieron como echaba el veneno en el azúcar...

CHEMA.- O en la leche.

EVARISTO.- Es que a mí me parece que lo echó en los dos lados. Claro, como se le olvidan las cosas...

SEBASTIÁN.- Como a mí, estamos los dos perdidos de la memoria.

ERNESTO.- A ver si lo estoy entendiendo bien. Todos vieron a Remigio en la cocina coger el veneno. ¿No es así?

EVARISTO.- Ciertamente. (*Los demás asienten*)

ERNESTO.- Y todos vieron a Remigio echar el veneno en el azúcar.

CHEMA.- O en la leche.

EVARISTO.- Ciertamente. (*Los demás asienten*)

ERNESTO.- Lo que quiere decir que fueron todos a la cocina con él, y vinieron a la sala cuando él.

EVARISTO.- Ciertamente... (*Todos asienten. EVARISTO se da cuenta*) Ciertamente así tampoco ha sido... (*Todos niegan*)

ERNESTO.- A ver si yo me aclaro...

CHEMA.- Y de paso yo, que ahora sí que estoy perdido de verdad.

ERNESTO.- Calla, Chema. A lo mejor lo que ha ocurrido fue que no cogió el veneno en la cocina, igual lo traía con él.

EVARISTO.- ¡Eso es!

SEBASTIÁN.- Si ya decía yo que lo había visto en la sala.

ERNESTO.- ¿Usted no tenía tan mala memoria?

SEBASTIÁN.- (*Acobardado*) No sé, hijo, ahora no me acuerdo.

EVARISTO.- El problema es que nos está liando usted con esas preguntas tan raras. ¿No ve que somos viejitos, y hay que hablarnos despacito?

ERNESTO.- Claro, claro, va a ser eso. A ver, entonces, ¿dicen que Remigio había echado el veneno en el café?

CHEMA.- ¿No era en el azúcar o en la leche?

ERNESTO.- No interrumpas, Chema. Remigio había echado el veneno en el café. ¿Fue así?

EVARISTO.- Ciertamente. (*Los demás asienten*)

ERNESTO.- En fin, entonces habrá que detener a Remigio.

DOROTEA.- (*Estalla*) ¡se acabó! No puedo ver esto ni un segundo más. No me lo lleva el buche.

EVARISTO.- Es raro, con lo que lleva ese buche.

DOROTEA.- No ha sido Remigio, señor. Estos lo están acusando para librarse ellos.

EVARISTO.- ¿Qué dices? ¿De dónde has sacado tal cosa? ¿Me vas a decir a mí lo que he visto o lo que no? Además, ¿vas a llevarnos la contraria a todos?

DOROTEA.- Sí, a todos, porque ese infeliz no ha hecho nada.

ERNESTO.- Vaya, entonces, ¿a quién hago caso?

SEBASTIÁN.- A nosotros, faltaría más.

DOROTEA.- ¿A vosotros por qué, zopenco?

SEBASTIÁN.- Porque... porque... ¡Porque Dorotea estaba compinchada con Remigio!

¡Ella era el cerebro de la operación!

EVARISTO.- Sí, que tiene tanto de cerebro como de buche, o más todavía.

DOROTEA.- ¿Qué?

SEBASTIÁN.- ¿Verdad que sí? ¿A que lo sabíamos todos? (*Los demás asienten, pero no muy convencidos. Algunos agachan la cabeza*)

DOROTEA.- ¿No irá a creer a este fantasmón?

ERNESTO.- No sé, si todos lo han visto...

DOROTEA.- ¿Estos qué iban a ver?

EVARISTO.- Está bien claro: Todos lo hemos visto y todos lo sabemos. Detengan a Remigio y a Dorotea. Han sido ellos.

ERNESTO.- El caso es que hay un problemilla.

CHEMA.- ¿Uno? Bendito usted que solo ve uno, porque yo hace un rato que ni me aclaro.

ERNESTO.- (*Saca un sobre*) El caso es que Doña Luz ha dejado escrito en esta carta quién la ha matado, y no coincide mucho con lo que nos están diciendo.

SEBASTIÁN.- ¡Arrea! ¿Y cómo se ha arreglado para escribirlo después de muerta?

ERNESTO.- No lo ha escrito después, lo escribió antes de morir.

EVARISTO.- Pero, ¿ya sabía quién la iba a matar?

ERNESTO.- Así es.

DOROTEA.- Y seguro que no fue Remigio, como estaban estos diciendo, y mucho menos yo.

ERNESTO.- Tiene razón, ni usted, ni Remigio.

DOROTEA.- ¿Qué, calamidad? ¿Nos ponemos ahora igual de valientes que antes?

EVARISTO.- Pues a mí todo esto no me cuadra. ¿Cómo iba a saber esa mujer quién la iba a matar?

SEBASTIÁN.- Porque era un poco bruja. ¿No ves cómo nos trataba?

CRISTINA.- Ahí Sebastián tiene razón. Esa mujer nunca miró por nosotros ni por este asilo.

EVARISTO.- Sí, le ha estado bien merecido lo que le ha pasado... Esto... (*A ERNESTO*) Oiga, que esto no quiere decir que yo me alegre... O sea, que pena no me da, pero tampoco... No vaya a pensar que yo...

DOROTEA.- Deja ya de divagar, Evaristo. A ninguno de los que estamos aquí nos da mucha pena lo que ha pasado, señor. Tiene razón Cristina, esa mujer no miraba para nosotros.

ERNESTO.- Ese es un buen motivo para matarla.

DOROTEA.- Diga usted que sí. Uno de estos seguro que la ha matado.

EVARISTO.- ¿Y por qué no tu?

DOROTEA.- ¿No has oído al agente? Ni Remigio ni yo hemos sido. Venga, señor, venga, Lea de una vez ese papel.

ERNESTO.- Bien, allá voy. (*Abre la carta, y hay algunos momentos de tensión entre los viejos*)

CHEMA.- ¡Dios, señor! ¡Lea, que a este paso acabo sin uñas!

ERNESTO.- Dice: “Yo, doña Luz, en plenas facultades mentales declaro que en el día de hoy voy a morir envenenada con arsénico.”

SEBASTIÁN.- Lo que os decía, era bruja, sabía hasta cómo la iban a envenenar.

ERNESTO.- Por favor. “Esto lo voy a hacer plenamente consciente, y sin ayuda de nadie. Voy a matarme como única solución para salvar este asilo, que está amenazado de cierre, y en el que he dejado mi vida. Hay un depósito en la fundación que ha creado el asilo, que se hará efectivo cuando muera el último de los fundadores, y ese soy yo. Con este depósito, el asilo podrá mantenerse al menos otros diez años. Hagan saber a mis ancianos que siempre los he querido, aunque no he sabido demostrárselo bien, y que este es un último sacrificio que hago por ellos. Entreguen este papel a la autoridad competente.” Y firma doña Luz. (*Una pausa, donde todos agachan la cabeza, avergonzados*)

DOROTEA.- O sea, ¿que doña Luz se ha suicidado para que no cerrasen el asilo?

ERNESTO.- Sí, estaba todo en su despacho. Esta carta, los papeles de la fundación, todos los extractos de las deudas, y hasta las cuentas que hizo Doña Luz para ver cómo sacar esto para adelante.

EVARISTO.- Pero, caramba, auto-suicidarse...

ERNESTO.- También hemos encontrado un informe médico. A Doña Luz le quedaba poco de vida, estaba muy enferma, y no creo que hubiese llegado ni a fin de año. Seguro que pensó, si tengo que morir, por lo menos que sea para algo útil, y lo apuró un poco. En fin, aquí ya no tenemos más que hacer. Voy a mandar al juez que venga a levantar el cadáver. Vamos, Chema.

CHEMA.- (*Está llorando*) ¡Qué historia tan triste!

ERNESTO.- Anda, anda, tira. (*Se van. Una pequeña pausa en la que nadie parece querer abrir la boca.*)

PILAR.- ¡Qué buena mujer era doña Luz!

CRISTINA.- Siempre tan atenta...

DOROTEA.- Vamos a echarla de menos...

EVARISTO.- Seguro que sí...

SEBASTIÁN.- ¡Y lo elegante que era y lo bien que se mantenía!

SARA.- Y lo buen ama que era...

REMIGIO.- Oíd, yo no quería deciros nada, pero hay una mujer en aquella esquina, y a mí me parece que no respira... ¿No habrá que avisar a la guardia civil?
(*Todos lo miran mientras cae el*

TELÓN